





Raisuni, el rastro del león



Catalina Rodríguez

Raisuni,
el rastro del león

La verdadera historia del Sultán de las Montañas



ALMUZARA
2015

© CATALINA RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, 2015
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2015

Fotografías: archivo del autor y © The state of Rosita Forbes.

Primera edición: septiembre de 2015

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

EDITORIAL ALMUZARA • Colección MEMORIAS Y BIOGRAFÍAS
Director editorial: ANTONIO E. CUESTA LÓPEZ
Editor: DAVID GONZÁLEZ ROMERO
www.editorialalmuzara.com
pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

Diseño y preimpresión: EQUIPO ALMUZARA
Maquetación y corrección: DECULTURAS, S. COOP. AND.
Impresión y encuadernación: LINCE ARTES GRÁFICAS

I.S.B.N: 978-84-16392-08-7
DEPÓSITO LEGAL: CO-1389-2015
IBIC: BG

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

*En última instancia, los mitos no
quieren describir lo real, sino justificar
las omisiones de la realidad.*

Claude Lévi-Strauss



*Quiero dar públicamente las gracias
a Carmen Serrano, Gerardo Venteo,
Gregorio Jiménez y M.^a Ángeles López,
por su sólido y entrañable apoyo,
a David González Romero, por su
generosa confianza, a mis amigos de
la otra orilla, por su desinteresada
colaboración, y a mi querida familia,
por su inagotable paciencia.*



ÍNDICE

PROLEGÓMENOS	13
PRÓLOGO. «EL ENTORNO QUE LO CREÓ»	19
I ZINAT. EL HIDALGO MONTARAZ	33
II MOGADOR. EL ILUSTRE CAUTIVO	51
III TÁNGER. EL JUSTICIERO IMPLACABLE	67
IV ASILAH. EL NOBLE INSOLENTÉ	101
V TETUÁN. EL CAUDILLO INDOMABLE.....	123
VI TAZRUT. EL SULTÁN INVULNERABLE	141
VII YEBEL ALAM. EL PATRIARCA IMPERTURBABLE	167
VIII DEL YEBALÁ AL RIF. EL GUERRERO POSTRADO	195
EPÍLOGO. «EL FINAL QUE LE ESPERABA»	203
ÍNDICE DE FUENTES.....	209



PROLEGÓMENOS

Aunque nunca viví allí, siempre he guardado recuerdos de Marruecos. Al principio eran, más bien, evocaciones sonoras que, entonadas en la cálida voz de mi abuela, siguen todavía resonando en mi memoria. Historias de viajes que hablaban de palacios orientales y de hoteles de lujo, de fabulosas fiestas y de amigos de distintas nacionalidades, de ciudades hermosas, como Tánger, Tetuán y Larache, historias que la abuela combinaba con cuentos susurrantes de misteriosos harenes poblados de moras bellísimas, de genios que rondaban las oscuras callejuelas de pueblos perdidos, de guerreros a caballo que, disparando mágicos fusiles, recorrían los caminos novelescos de un mundo oriental. Marruecos, para mí, era un país imaginario.

Mis abuelos viajaron y vivieron en Marruecos, español y francés, durante la segunda mitad de la década de los años veinte y, entre las cosas que trajeron de vuelta, venían las fabulosas leyendas que la abuela me solía contar, muchos años después, en las tardes de la insufrible canícula sevillana. Entre to-

dos aquellos cuentos de mi infancia había uno especial, uno con el que la abuela me trasladaba a un mundo al revés, donde el héroe era el moro y el villano era el cristiano. Era la historia del «príncipe bandolero», un «príncipe moro alto, guapo y valiente que se echó al monte para defender a su gente de los malvados opresores». Aquel joven guerrero «tenía su misterio», pues estaba dotado de una «gloria bendita que no dejaba que las balas tocaran su carne, así que nadie podía matarlo». Sus insólitas hazañas, todas contadas con un toque de romanticismo andaluz, se desplegaban en mi imaginación entre caballos casi voladores, fusiles infalibles, espantosas imágenes de cabezas cortadas, mazmorras tenebrosas y codiciados tesoros ocultos. La abuela terminaba siempre diciendo que el «príncipe bandolero se hizo muy rico, dejó el monte y se construyó un palacio junto al mar, donde vivió feliz, con sus mujeres y sus hijos, rodeado de criados y de riquezas, hasta que, nadie sabe por qué, se perdió en las montañas...». Es natural que, con un protagonista tan fascinante y un final tan incierto, nunca pudiera olvidar aquel cuento. De hecho, me ha perseguido desde entonces.

Habían pasado muchos años cuando pisé por primera vez el suelo magrebí y, sólo con ver el paisaje, comprendí que los cuentos de la abuela no eran tan disparatados como yo creía sino que estaban justificados en una geografía —y una historia— que me empecé en conocer. Y en ese empeño supe un día que el «príncipe bandolero» de los cuentos de mi abuela no era una fábula. Había existido, era un personaje

real, lo llamaban El Raisuni y tenía su propia historia. Quise saber más y empecé a seguir su rastro.

La historia de la humanidad contiene numerosos personajes arquetípicos que, con el tiempo, se van incorporando al imaginario colectivo. Las mitologías populares colaboran en su creación confiriéndoles los rasgos prototípicos que subyacen a las diversas culturas que conforman nuestro mundo. Según esto, los héroes y los santos existen, pero es muy posible que el relato de sus vidas esté impregnado de romanticismo literario y que presenten similitudes con el héroe de ficción, un arquetipo de excelencia que, persiguiendo grandes sueños y rodeado de un halo de inmortalidad, se distingue por las acciones asombrosas que tienen lugar en una vida épica y colmada de desafíos. La cuna y los trágicos sucesos que marcan el destino de estos personajes, masculinos en su mayoría, son factores determinantes en su vida —pruebas casi insalvables, sacrificios, crímenes accidentales, castigos injustamente impuestos—. Suelen estar dotados de cualidades excepcionales y responden a algún código de honor, pero hay muchos que, ante las contingencias de una existencia tan espinosa, no miden las consecuencias de sus actos y se convierten en transgresores, a veces renegados, que sobrepasan el límite de lo prohibido, rompen con las normas impuestas o se sublevan contra el orden establecido. Intentar despojarles de esos rasgos —para llegar a lo que solemos llamar «la verdad»— es una tarea ardua que requiere un minucioso proceso de investigación.

Sin duda, la biografía de un personaje real requiere de una circunscripción precisa del entorno que lo envuelve pues, lógicamente, los hechos de una vida no sólo dependen del carácter del protagonista en cuestión sino también del contexto social, político y cultural en que tienen lugar. Bien es cierto que, desmenuzando los datos fiables del contexto historiográfico, se puede obtener la crónica, más o menos fidedigna, de una vida aunque —como tantas otras cosas— puede estar sujeta a diversas valoraciones éticas y morales, según las corrientes históricas, filosóficas y sociales preponderantes durante, y después de, la vida del personaje que retrata, factores que, pertinentes o no, pueden alterar la percepción del mismo. Si se diera el caso de que la memoria histórica estuviera impregnada de intereses espurios o de alguna impostura, la veracidad rigurosa sería casi inalcanzable. También es raro que una biografía contenga todo cuanto debería, pues es casi imposible que una vida «entera y verdadera» quepa en un libro. La vida de una persona está compuesta de muchas historias, íntimas y públicas, que transcurren paralelas y a la vez, y cualquier relato que se haga de ella, por muy probado que sea, puede tener tantos enfoques como lecturas.

Evocar gráficamente —y sin prejuicios— la vida del que fue señor del Yebalá durante más de dos décadas en los tiempos de la intervención española en Marruecos es una tarea comprometida si lo que se intenta es demostrar una única verdad. Desde luego, la azarosa —cualquier cosa menos mediocre—

existencia de Ahmed el Raisuni se presta a la exageración novelesca y la leyenda que lo rodea no se libra de los tópicos. Pero, héroe o antihéroe, es indiscutible que este personaje se confunde íntimamente con su entorno, y es allí donde hay que adentrarse para poder entenderlo.

Aunque mi curiosidad nació de fantasías infantiles, mi búsqueda resultó en un proyecto personal, un proceso de investigación en el que procuré no dejarme arrastrar por los cautivadores efluvios de la leyenda y al que intenté dar la rigurosidad que merece. Indagué en los mapas, busqué y leí libros, consulté archivos y hemerotecas, viajé —y pregunté— por el Yebalá y más allá, llegué a conocer sus sitios e incluso a algunos de sus descendientes, y registré mis indagaciones, pero lo hice a sabiendas de que me enfrentaba al poroso problema de la credibilidad historiográfica y que, lógicamente, si me decidía a escribirlo, no podría darle la máxima precisión histórica al relato. Esta versión, que está llena de claroscuros y es, naturalmente, una historia incompleta, no tiene más aspiración que seguir las huellas del jerife por los paisajes telúricos y humanos que dieron sentido a su existencia, y debe traducirse en una sencilla reconstrucción del itinerario espacial y temporal en que, para bien o para mal, se hilvanó la aventurada vida del siempre controvertido Muley Ahmed Ben Mohammed el Raisuni.

*En memoria de mis abuelos, Carmen Carrasco
Hurtado y Francisco Rodríguez Canudas.*

